

V.

DE SAN PEDRO Á LAS AGUAS TERMALES DE CILAO.

Sanpedrinos y sanpaulinos. — Panorama espléndido. — Colonización de la llanura de los Cafres. — Camino de Cilaos. — Los blanquitos. — Vista del circo de Cilaos. — La fuente de la Juventud. — Las minas de oro. — Prudent y Boyer. — Excursión á Brazo-Rojo. — Yo como gusanos.

San Pedro, donde me detuve algunos días, es una de las ciudades más agradables de Borbon. En sus bien empedradas calles corren abundantes arroyos de agua límpida. Aquí y allá hermosas casas ofrecen á la vista sus elegantes galerías en medio de jardines bien cuidados. El aire es vivo y fresco; y los habitantes del país, los sanpedrinos (por designarles por su nombre criollo), toman del clima cierta actividad y energía, que les es propia, y les da á conocer por toda la Reunión. San Pedro es el antípoda de San Pablo, y mientras que los negociantes sanpedrinos, después de numerosas diligencias, han obtenido autorización para abrir un puerto, y subvenciones del gobierno metropolitano y colonial, los apáticos sanpaulinos están aun haciendo diligencias y se aperiben de que nada han conseguido todavía.

En el poco tiempo que estuve en San Pedro, me gustaba ir por las mañanas á los muelles, y desde allí disfrutaba con toda comodidad del espléndido panorama que se extendía ante mis ojos. En la costa se levanta el asta de la bandera, y un poco más lejos la ciudad, graciosamente oculta entre los árboles de sus jardines, deja entrever apenas algunas de sus casas. En último término se destacan sobre el horizonte las profundas gargantas del Entredos; el Gran Benard, que termina como un promontorio cortado á pico; las tres Salacias, de cimas dentadas; y en fin, el Picacho de las Nieves, el gigante de la isla. Podía tomarse aquello como una línea uniforme de montañas, una cadena continua de porfiro y granito, á no ser por la variación de colores entre azul y rosa. Para gozar de este espectáculo, es indispensable aprovechar la mañana, pues en cuanto el sol pasa del cenit, se extienden algunas nubes blanquecinas como una cortina, y se elevan lentamente á lo largo de las montañas, hasta que las envuelve completamente.

A la derecha se halla la llanura de los Cafres, y detrás de ella, la de los Palmitos. Un camino transversal, uniéndolo á San Benito con San Pedro, corta ambas llanuras en toda su longitud.

La llanura de los Cafres está convertida, hace algunos años, en el país de la pacífica agricultura y de la cria de ganados. Allí se fabrican queso y manteca como en Suiza y Normandía, y en medio de sus verdes praderas puede uno beber leche. Los quesos de la llanura de los Cafres, no temerian la competencia con los de Neufchatel; y en cuanto á las legumbres,

singularmente las patatas, son de superior calidad.

Podía yo escoger entre una excursión hacia aquellas vastas campiñas, ó un paseo hacia las aguas termales de Cilaos. Este circo, opuesto al de Salacia, es mucho más pintoresco. Desde San Pedro, se me apareció estendiéndose al pie de las Salacias, del Monte-Grande y del Picacho de las Nieves. Al fin me decidí á emprender la ascension, y una mañana partí á pie, con un guía, que llevaba también mi equipaje. Los criollos suben por lo regular en sillas de mano; pero este medio de locomoción repugnaba á mi calidad de europeo, y sobre todo de viajero geólogo. Algunos, más atrevidos, hacen esta ascension á caballo; pero el camino está pendiente en mitad de un precipicio en toda su estension, y juzgué prudente reconocerle, antes de fiarme á pies ajenos. En una palabra, 40 kilómetros de trayecto, con un desnivel de un kilómetro en altura, no me pareció que ofreciera elementos para una jornada muy penosa.

Hasta el río de San Estévan, no tiene el camino nada de particular, más que los campos de pingüe caña, que se extienden á lo lejos por toda la llanura.

Desde el río empieza á encajonarse el camino entre dos montañas cortadas á pico, coronadas de bosque hasta las cimas; y se entra en lo que llaman el *Estrecho*. Pasé el brazo ó torrente de Cilaos, sobre dos vigas vacilantes; atravesé verdes bosquecillos de palo-negro y tamarindos, á cuya fresca sombra vegetaban los cafetales, cubiertos de un rojo fruto, semejante á cerezas pequeñas. Este gracioso oasis forma lo que se llama una *isleta*. A poca distancia, se eleva el camino sobre la falda de una montaña escarpada; se encuentran algunos túneles, y después vuelve á bajar el camino hacia el brazo de Cilaos, que se pasa por tercera vez. Este punto, llamado el Pabellon, marca la primera etapa: está á mitad del camino.

Algunas cabañas perdidas en medio de los bosques; algunos miserables jardines, donde principalmente se cultivan el maíz, calabazas y judías, aparecian á mis ojos de vez en cuando. Este es el sitio donde se abrigan los *blanquitos*, descendientes no mestizos de los primeros colonos de Borbon. Convertidos en feroces, á causa del aislamiento en que viven, prefieren ocultar su ociosidad y pobreza en la soledad, á habitar en la ciudad, donde les sería forzoso trabajar todo el día, y verse confundidos con los negros y mulatos. Estos blanquitos, como los hidalguillos campesinos, tienen orgullo á su modo; pero *el hambre hace salir al lobo del bosque*, y poco á poco los criollos, como aun se les llama, comienzan á domesticarse y á dejar sus *alturas* para descender á los *bajos*; es decir, al llano.

A poco de haber pasado el Pabellon, se eleva el camino de Cilaos en cuesta muy pendiente; se atra-

viesa el último túnel, y se llega al punto llamado *Cabo-Negro*, el más penoso del viaje. Apenas puede concebirse cómo se ha conseguido suspender un camino sobre el abismo. El que mira hacia arriba y en seguida hacia abajo, se queda asombrado, y puede darse por dichoso si no suele padecer vértigos.

En cuanto pasé el *Cabo-Negro*, comenzó á contornearse ante mis ojos sobre el último término del horizonte, el Circo de Cilaos, semejante á un inmenso cráter. El Gran Benard, las tres Salacias, el Monte-Grande y el Picacho de las Nieves, se delineaban también, elevando á una altura de más de 3,000 metros sus peladas cumbres.

Conmovido ante tan imponente espectáculo, detuve mi marcha. El color negro violado que presentaban, iluminadas por el sol, las rocas basálticas que componen aquellas masas gigantescas, contrastaba con el azul del cielo. Algunas nubes blanquecinas se elevaban pausadamente á lo largo de aquellas altas montañas, y se detenían en mitad de su camino como retenidas por una especie de atracción eléctrica. A mi lado, algunos picachos aislados, de formas caprichosas y originales, el Pilon de Azúcar y el Bonete del Clérigo dominaban el camino, y parecían á punto de perder el equilibrio, y enterrarse entre sus escombros. Estas gigantescas pirámides plantadas allí por la mano de Dios, proclaman las obras solemnes del Criador; y se diría que son centinelas avanzados puestos allí desde el origen de los tiempos para guardar las montañas.

La garganta por cuyo fondo corre el brazo de Cilaos, y yo seguía desde el principio de mi camino, se estrecha en este punto. Los desfiladeros desaparecen ocultos entre las rocas, y cuando el brazo de Benjuí, el brazo Rojo y el brazo de San Pablo, se reúnen y forman el brazo de Cilaos, se pregunta uno de dónde salen aquellas tres corrientes: tan estrechos son los cauces por donde vienen.

El camino que lleva á las fuentes termales, sigue al principio el brazo de Benjuí. En el punto por donde se le atraviesa, hay una cañada tan alta como la del Niágara, cuyas aguas en su caída abandonan al viento un polvo líquido, que el sol ilumina con los colores del arco iris.

A poco de atravesar el torrente encontré algunos *chalets*. En aquellas alturas crecían naturalmente la frambuesa y la fresa, y en los campos cultivados cosechaban los criollos la mayor parte de las legumbres de Europa: tales como el guisante, las lentejas, las judías y las patatas, que gozan en aquellos parajes merecida fama. También se cultivan en aquel punto algunos de nuestros árboles frutales: el durazno, el peral, y el albaricoquero; pero en los bosques no se hallan aun más que especies tropicales: el palo rubio, el palo blanco, el café silvestre, etc.

Penetré en el bosque, después atravesé la isleta de los Estanques, y finalmente llegué á Cilaos. El aire era fresco y húmedo, los vapores que se habían elevado durante el día, se condensaban en el aire en espesa niebla al proximarse la noche. Hice encender una gran hoguera, y mientras se arreglaba la cabaña que me ofrecieron, bajé hacia las fuentes termales á tomar un baño antes de cenar.

En los dos meses que llevaba de habitar en la Reunión, me habían hablado diferentes veces los colonos de las aguas minerales de Cilaos. Según ellos, se sale de estas aguas rejuvenecido, y no hay en el mundo un placer semejante al de sumergirse en la fuente de la Juventud. Yo había rebajado en mis adentros la parte de exageración que suponía debida al patriotismo criollo, y no estaba más que convencido á medias. Pero en Cilaos me fue forzoso rendirme á la evidencia, y reconocer á mi vez el maravilloso efecto de aquellas aguas.

Imagínese el lector una pila natural, abierta en el suelo. El fondo es de menudo cascajo; las paredes de sillares, y por donde se entra en el baño, debajo del agua una piedra para sentarse. La balsa es grande: familias enteras pueden entrar á la vez, y moverse con holgura. Hay para los bañistas chozas cuyo techo y paredes son de paja, con una silla, ó más bien un banquillo de madera y un palo transversal que sirve para colgar la ropa. La puerta se cierra con una cortina que debe llevar el bañista.

Estas disposiciones, aunque de sencillez enteramente primitiva, no dejan de ser muy originales. Las aguas surgen, ó nacen en el mismo baño, y salen por un vertedero que da salida á la sobrante. El agua se renueva, pues, continuamente, y permanece siempre á la misma temperatura; temperatura la más agradable que puede ofrecer un baño: 37° del centígrado, que es precisamente la del calor natural del cuerpo. A medida que el agua llega al baño saliendo debajo tierra, se experimenta un bienestar inexplicable. Sentía alrededor de mi pecho los hilos de agua mineral que se deslizaban como una corriente saludable, y por todos mis miembros corrían las borujas de gas, que me acariciaban como otras tantas sierpes. Efectivamente, queda uno vivificado, rejuvenecido, como pretenden los criollos, por uno de esos bienhechores baños. Los que suben á Cilaos á pie, no podrían hallar otro medio mejor para reparar su fatiga. Además, se puede permanecer impunemente más de seis horas dentro del agua; y hasta hay quien pasa en ella toda la noche. Esto es lo que he visto y experimentado yo mismo; y puedo decir á los incrédulos: *experto crede*.

Las aguas de Cilaos son alcalinas, ferruginosas y gaseosas, como las de Salacia, y tienen un sabor acidillo, que tira á metálico. Es muy bueno beberlas en

las comidas. Junto á los manantiales calientes, hay uno de agua tambien mineral, pero fresca; y de este se toma con preferencia para beber, reservándose aquellos para los baños. Estas aguas son eficaces en

extremo para las enfermedades del hígado y del estómago. Son mas ricas en principios minerales, y tambien mas calientes que las de Salacia; pero como estas últimas están en terreno mas accesible, y mas



Hombre y mujer melgaches.—De fotografía.

próximas á San Dionisio, han obtenido mayor éxito. Por lo que hace á su calidad de termales y á su composición química, están suficientemente esplicadas por la inmediatez de un volcan en actividad, y por la naturaleza del terreno que atraviesan los manantiales.

Pero yo no habia subido á Cilaos solamente para tomar un baño de agua mineral. Existian, segun me habian dicho allí próximos filones auríferos muy ricos y poderosos. La California era nada com-

parada con Borbon, y si se ha de dar crédito á los criollos, « cien mil mineros, trabajando durante cien mil años (son sus propias palabras), apenas desflorarian la capa que se acababa de descubrir. » Dos cazadores de cabras, dos de esos atrevidos escaladores de montañas, cuya raza se perpetúa en Borbon, al paso que se estingue la de cabras y machos monteses, con sintieron en acompañarme al nuevo Eldorado. Tenian por nombres Prudent y Boyer. El primero, era un in-

fatigable hablador, que charlaba sobre todas las cosas, y otras muchas mas; que habia navegado, y visto la India y la Europa; y que sin duda llevaba por antifrisis el nombre que le habia dado el estado civil. El segundo, frio, tranquilo, impasible; que nunca habia salido de Borbon, su patria, pero firme en su puesto, como suele decirse; trepando á pie descalzo las montañas mas altas, y los picachos mas escarpa-

dos. Ambos buenos mozos, enjutos, nerviosos, y barbudos.

Salimos de Cilaos, y nos metimos en el bosque. Prudent se recreaba en ir participando los progresos de nuestra marcha á su mujer, que se habia quedado en la aldea; y á este fin, disparaba, de cuarto en cuarto de hora un pistoletazo, que el eco llevaba hasta la llanura. Solo habia traído pólvora y pistones. La



Indios y negros de la isla de la Reunion.—De fotografía.

arena del torrente y el musgo de las rocas, le servian de proyectil y tacos, y el cañon de una pipa, de baqueta.

Avanzando con gran tiento, un pie tras otro, pasamos por el borde de un precipicio cortado á pico, de mas de 3,000 pies de profundidad vertical. Á mí me faltó poco para darme un vértigo: ninguno de los tres decia una palabra; solo se oia la respiracion jadeante que se escapaba de nuestros pechos... Todos juntos lanzamos un ¡ah! de alivio, cuando hubimos pasado el mal paso.

De allí á poco nos volvimos á esponer en las laderas de una montaña tan empinada, que apenas podiamos

tenernos en pie. Mis guias, á pesar de ir descalzos, se afianzaban á las peñas y matas; pero yo, calzado con *knémides*, que no hubieran desconocido los griegos de Homero, resbalaba á cada paso, y estaba á punto de rodar hasta el abismo. Prudent me sostenia por detrás, y Boyer me llevaba por la mano; de esta manera acabé la ascension.

En seguida empezó la bajada, y despues de una serie de incidentes de toda especie, llegamos al fondo del Brazo-Rojo. La mina de oro, tan pomposamente anunciada, se reducía á algunos cristales amarillos de piritá ó sulfuro de hierro, perdidos en medio de un filon arcilloso. El brillo metálico y el color, era

todo cuanto tenían de comun con el precioso mineral californiano. Junto á este filon, un manantial mineral ferruginoso, habia estendido una capa de ocre quemado sobre las paredes de la montaña donde nacia. Entonces bloques esparcidos en el curso del torrente, probaban la violencia de la corriente en la época de esos diluvios, que los criollos llaman *turbiones*, con toda propiedad. Los vapores del agua, condensados en espesas nubes, nos ocultaban las cumbres de las montañas á cuyo pie nos hallábamos; pero si alguna vez el paso de esas nubes dejaba un claro, al punto presentaban sus cimas el Gran Benard ó el Picacho de las Nieves; y por efecto de una ilusion óptica, vistos asi parecian de doble y á veces triple altura de la que en realidad tienen. Diríase que aquellos eran los picos mas elevados de los Andes ó del Himalaya.

Saliendo del abismo del Brazo-Rojo, como en otro tiempo Eneas de los infiernos, descansamos, antes de volver á Cilaos, en el *Campo de los Cazadores*. Prudent cogió fresas, cuyo aroma me pareció superfino, y Boyer buscó dentro de los troncos de los árboles podridos unos gusanos muy gruesos, que después de asados estendíamos sobre el pan como manteca.

Ya veo el gesto de repugnancia que hacen mis lectores. Tambien yo lo hice, pero no tardé en cambiar de opinion; y si los cogollos de los palmitos de Borbon son exquisita legumbre entre las legumbres, los gusanos de Cilaos merecen tambien ser contados entre las golosinas. Ni los antiguos romanos, no obstante sus platos de lenguas de pajaritos, ni los chinos, dicho sea con perdon de los nidos de golondrinas, han gustado jamás bocado mas delicado.

VI.

SAN LUIS, SAN LEU. SALIDA DE LA REUNION.

La vendimia de los trópicos.—Fabricacion del azúcar.—El ingenio de M. Deshayes.—Los trabajadores indios, negros, árabes y chinos.—Poblacion de la colonia.—El castillo del Gol.—De San Luis á San Leu y San Pablo.

Si digo que la bajada de Cilaos á San Luis fue menos trabajosa que la subida, y que la hice en mucho menos tiempo, pronuncio una verdad digna de M. de la Palise. Pido, sin embargo, que se me admita ese axioma, que servirá de introduccion á este sexto y último capítulo de mi viaje.

Recibí en San Luis una hospitalidad enteramente criolla, en casa de M. Dionisio Payet, director de trabajos de puentes y calzadas é ingeniero municipal. La carretera de San Pedro á San Dionisio atraviesa por medio de San Luis, cuya poblacion está situada entre árboles. Por delante de cada casa corre un riachuelo, cuyas aguas refrescan la atmósfera,

perfumada por las flores. La puerta de mi cuarto daba á un jardin donde, los mangueros, bananeros y tamarindos convidaban con su sombra bienhechora. Por las noches nos sentábamos á la puerta de la casa, y bebiendo el aromático *faham*, té de Borbon, digno rival del de la China, nos entregábamos á interminables conversaciones. Mi huésped me referia aventuras del tiempo de la esclavitud, época en que la isla estaba infestada de cimarrones, quienes habian escogido por asilo las inaccesibles cavernas que hay en las faldas del Picacho de las Nieves. Aun se conserva en Borbon fresca la memoria de la fuerza y feroz audacia de aquellos negros y el inquebrantable valor de los jefes de los destacamentos, que iban á atacarles hasta en sus impenetrables guaridas.

—Arroja tu azgaya, y ríndete, dijo un dia Musard, el mas valiente de aquellos cazadores de negros á uno de los cabecillas, sobre el cual habia caido por sorpresa.

—Arroja tú la escopeta, respondió el cafe.

Aproveché mi permanencia en San Luis para estudiar con mas minuciosidad que hasta entonces lo habia hecho, el cultivo de la caña y el trabajo de los ingenios.

Entró el mes de junio, y la preciosa caña llegó á su madurez. Algunas variedades comenzaban ya á echar una espiguilla color violeta, la cual indica al plantador que está cerca el momento de la corta. Entonces las fábricas, ó ingenios, hasta allí inactivas, se ponen en movimiento: se inspeccionan y componen todas las máquinas, y la corta no se hace esperar. Cortan la caña por su mismo pie, y limpia de sus hojas, la echan en carretas tiradas por bueyes ó mulas. Toman el camino del ingenio, y apenas se descarga allí una, cuando ya llega otra cargada: el trabajo se hace sin trégua ni descanso, fuera del preciso para comer á las horas marcadas.

La corta es la vendimia de los trópicos; y en tiempo de los negros, era la época de las fiestas campesinas y de las danzas locas.

Hoy que los negros han sido reemplazados casi en todas partes por inmigrantes indios, la algazara y los juegos han desaparecido; pues el indio, sombrío y melancólico, está muy lejos de ser tan espresivo y alegre como el hijo del Africa.

Mientras en las plantaciones se verifica la corta, empieza la *molienda* en los ingenios. Estrujada la caña por los cilindros del molino, da un zumo acuoso y azucarado. La parte leñosa de la caña, conocida por *bagasa*, se pone á secar, y sirve de combustible para calentar las calderas.

El jugo cae en grandes vasijas de cobre ó *depuradores*. Se le purifica por medio de la cal, que precipita las sales terrosas que contiene el licor azucarado, y coagula la albúmina. Cuando, después de

esto, se espuma el líquido y se le decanta, toma el nombre de *jarabe*, y pasa á unas calderas escalonadas sobre planchas de hierro, que se llaman las *baterías*. Se las calienta con fuego ó vapor, y el jarabe se concentra hasta el punto que conviene; después de lo cual pasa á enormes calderas de cobre de forma esférica, donde se produce el vacío. Aquí es donde se cuece y cristaliza el azúcar. La última operacion, llamada *turbineage*, consiste en blanquear y secar los cristales por medio de batidores metálicos, que movidos por el vapor, dan algunos millares de vueltas por minuto.

El sistema de fabricacion de azúcar que acabo de describir, es el mas perfeccionado. No se usa todavía en todos los ingenios; mas, poco á poco, aquellos establecimientos que han permanecido mas fieles á los métodos mas antiguos, van reconociendo la utilidad del nuevo sistema y lo adoptan resueltamente. Los *azucareros* de Borbon son, ante todas cosas, gente de progreso; y no habrá muchas colonias que estén tan adelantadas en la fabricacion del azúcar.

El trabajo de una fábrica es de los mas curiosos que se pueden ver. Los que cuidan de las calderas, medio desnudos y repugnantes con el sudor, están delante de ellas, echándolas continuamente *bagasa*, que devoran con ardor insaciable; este, espumando los jarabes; aquel, decantando; unos, vertiéndolos; otros, vigilando los batidores; otros el molino y la máquina de vapor. El ruido metálico de los cilindros, y el de las ruedas y batidores, se mezcla con los gritos y canciones de los operarios. Por fuera las chimeneas del ingenio vomitan negra y espesa humareda; y á la puerta del establecimiento, las mulas, enganchadas á las carretas que se descargan, abren con ruido sus narices para respirar á pleno pulmon el agradable olor que se exhala del ingenio.

Cuando yo llegué á San Luis, estaba á punto de comenzar la fabricacion. Un gran ingenio, que funciona todo el año, perteneciente á M. Deshayes, estaba ya en movimiento, y me apresuré á visitarlo. No puede menos de admirarse el sistema de orden que allí se observa. Todos los aparatos relucen, como si fueran nuevos: el mismo piso, no obstante la melaza, se mantiene en irreprochable limpieza.

El director de tan hermoso establecimiento, no es solo un hábil fabricante, sino tambien un plantador inteligente. Una parte del terreno que ha desmontado, hoy cubierto de cañas, y en otro tiempo de peñascos basálticos, ha sido bautizado por él con el nombre de *Pierrefonds*. El trabajo del plantador, como lo entiendo M. Deshayes, y como lo practican casi todos los colonos borboneses, exige grande experiencia. Es necesario conocer las diferentes variedades de la caña; los terrenos que convienen á cada una de ellas; la cantidad de guano ó de otro abono

que debe echarse á su pie. Aquí, puede cultivarse la caña roja de Taiti ó la caña amarilla: allí, la caña de Batavia ó bien la de la China; mas allá, es necesario combatir el *borer*, gusano roedor que se introduce en la caña, se establece en el tejido celular, chupa el azúcar y mata el tallo. En otra parte, hay que descajar un campo y quemar la tierra para prepararle á recibir la caña. Y finalmente, es preciso saber tener ocupados y contentos á los trabajadores, y llegar al momento de la corta y fabricacion, con una cuadrilla de hombres ajustados, disciplinada y bastante numerosa para que todas las operaciones marchen en perfecta armonia.

Los operarios que se emplean en los diversos trabajos referidos, desde que se abolió la esclavitud, son, en su mayor parte, indios inmigrados. La libertad de los esclavos se decreto en 1848, y desde entonces casi todos los negros han rehusado trabajar para sus antiguos señores. Una vez emancipados, se han declarado ciudadanos, y á título de tales se niegan generalmente á poner sus brazos al servicio de otro. En su consecuencia, ha habido que dirigirse á la India; pero como el negro es mas robusto que el indio, se han ajustado tambien trabajadores en las costas de Africa. Algunos acontecimientos deplorables á que ha dado lugar esta gente, han obligado al gobierno francés á prohibir la inmigracion africana; de manera que hoy son solo los indios los que hacen casi todos los trabajos de las plantaciones y las fábricas. Se les ajusta á su llegada á la colonia, y se hace el reparto de ellos con intervencion de la administracion. Los contratos de ajuste se limitan á cinco años. El indio es por lo regular músico, además de inteligente, y solo es inferior al negro en cuanto á su fuerza física.

El número de inmigrantes de la India empleados hoy en la Reunion, sea en los diversos establecimientos y habitaciones, sea en el servicio doméstico, es de cuarenta mil aproximadamente, del cual las mujeres no componen mas que una décima parte. Los africanos, incluyendo los malgaches y algunos centenares de árabes de las Comoras ó del mar Rojo, ascienden á unos veinte y cinco mil, la quinta parte mujeres.

Se ha ensayado tambien la introduccion de chinos, y habiendo traído cierto número de ellos, no han satisfecho bastante; y solo quedan sobre cuatrocientos, que han desertado de las plantaciones, y se emplean en el comercio al pormenor. Los hijos del Celeste Imperio nacen mercaderes, y muchas tiendas de especias de la Reunion, pertenecen á esos asiáticos, que hacen excelentes negocios. En San Dionisio se envia á la criada á las tiendas de los chinos, como en París á la abacería de la esquina.

Reuniendo en una sola suma el número de trabajadores indios y africanos escriturados desde la eman-